

**CLASE MAGISTRAL EN LA UNIVERSIDAD ADOLFO
IBÁÑEZ. Santiago de Chile, 10 de octubre de 2000**

Hoy me siento especialmente honrado al encontrarme con ustedes en este recinto del saber chileno. Y, más aún, por haber sido invitado a dar una clase magistral en esta universidad que tuvo sus orígenes hace 47 años en la Escuela de Negocios de Valparaíso y que hoy irradia conocimiento y valores a miles de chilenos y extranjeros desde la bella Viña del Mar y desde esta importante sede capitalina.

Para mí es imposible venir a Chile y no hablar de educación, pues este país ha sido siempre para Colombia y para América Latina un paradigma en este campo.

Pensar en Chile es también pensar en Universidades y centros de cultura; es evocar a don Andrés Bello, ese grande del pensamiento americano, que acogió a Chile como su segunda patria; es aprender el idioma del alma de esa educadora por excelencia que fue la gran Gabriela Mistral; es recordar la labor organizadora de Diego Portales en el siglo XIX y la reforma educativa de Pedro Aguirre Cerda en el siglo XX.

Si Chile es hoy un ejemplo de desarrollo estable y sostenido, es en buena parte porque sus dirigentes y su pueblo han hecho de la educación la pieza magistral, la llave maestra de su proyección como nación. A ese esfuerzo de cultura, ciencia y arte rindo hoy, en la Universidad Adolfo Ibáñez, el más sincero homenaje.

Apreciados amigos:

Ustedes me han invitado hoy, como Presidente de una nación amiga y hermana, como representante de 40 millones de colombianos que luchan con coraje y esperanza por construir un futuro de paz y de progreso, a hablarles sobre Colombia, sobre su presente y su futuro, en medio de las particularidades y las circunstancias muy especiales que hoy rodean a mi país.

Pero antes de hablar de la realidad no siempre fácil, pero siempre desafiante y estimulante, de mi país, yo quisiera que ustedes lo conocieran a través de los ojos de un poeta, del más grande poeta de nuestra América: de Pablo Neruda, cuando él describía mi país en un emotivo discurso dirigido al poeta Eduardo Carranza.

Esto le decía Neruda a su amigo colombiano:

“Cuando por muchos años y por muchas regiones mi pensamiento se detenía en Colombia, se me aparecía tu vasta tierra verde y forestal, el río Cauca hinchado por las lágrimas de María y planeando sobre todas las tierras y los ríos, como pañuelos de terciopelo celestial, las extraordinarias mariposas amazónicas, las mariposas de Muzo. Siempre vi tu país a través de una luz azul de mariposas bajo este enjambre de alas ultravioleta, y vi también los caseríos desdoblados en este tembloroso vaivén de alas y luego vi la historia de Colombia seguida por un cometa de mariposas azules: sus grandes capitanes, Santander y Bolívar con una mariposa luminosa posada en cada hombro, como la más deslumbrante charretera, y a tus poetas, infortunados como José Asunción o como Porfirio o soberbios como Valencia, perseguidos hasta el fin de su vida por una mariposa”.

Ahora que releo el bello texto de Neruda, pienso en cómo la pluma y la imaginación de dos grandes han convertido a Colombia, la tierra de las flores y del café, en un multicolor espectáculo de alas de mariposa: Primero fueron las mariposas azules del poeta chileno y luego, -cómo no-, las

mariposas amarillas que inundaron Macondo en la obra inmortal de Gabriel García Márquez.

Alguna vez lo dije: Yo sueño con un país donde predomine el color amarillo de las mariposas de Mauricio Babilonia, -el personaje de Gabo-, y nunca más el rojo sangre de la violencia. Por eso he dedicado todos mis esfuerzos y lo seguiré haciendo hasta el último minuto para consolidar en Colombia un proyecto de paz y de desarrollo social, del cual hoy he venido a hablarles, con sinceridad y claridad.

El reto ante el cual estamos enfrentados hoy los colombianos, como nación y como parte de la comunidad mundial, es, quizás, el mayor desafío de nuestra historia. Pero no nos sentimos entregados a un destino fatal. Por el contrario, somos optimistas, porque sabemos de nuestras propias capacidades, de nuestra determinación y de la gran riqueza de nuestra tierra. Y porque sabemos también que contamos con el apoyo certero de muchos otros países en el mundo, como Chile, que han entendido y valorado nuestra lucha como pueblo.

Colombia atraviesa su más difícil prueba y su futuro está en la cuerda floja por causa de la violencia y el narcotráfico. Unos pocos guerrilleros y grupos de justicia privada, que no cuentan con respaldo popular y cuyos miembros no alcanzan ni siquiera a las 40.000 personas (o sea, el uno por mil de la población colombiana) continúan levantados en armas, en el marco de un conflicto armado que ya lleva casi 40 años.

Pero, lo que es más grave es que estos grupos subversivos se financian en muy buena parte con dineros provenientes de los narcotraficantes, que son otra plaga que ha incidido negativamente en la realidad colombiana. Vale decir: la muerte, que acompaña cada gramo de droga, está financiando a la violencia, como aliados nefastos e inseparables.

Estos dos fenómenos: violencia y narcotráfico, que se alimentan y degradan entre sí, como un círculo vicioso, son hoy los grandes generadores de pobreza, de desempleo y de inseguridad para una gran parte de la población colombiana, que sólo quiere trabajar y progresar en paz y por medios lícitos.

Debemos entender que el narcotráfico y sus gigantescas utilidades han cambiando la naturaleza del conflicto en Colombia. Mi opinión, compartida por la mayoría de los colombianos, es que ya seríamos una nación en paz si no fuera por la violencia y corrupción que ha fomentado el negocio de las drogas ilícitas.

Mi gobierno ha entendido la necesidad urgente de escapar de este círculo fatal, con medidas audaces y procesos que involucren la voluntad de toda la nación, y desde hace cerca de dos años ha venido trabajando, de la mano de todos los colombianos y de la comunidad internacional, en solucionar estos graves problemas.

Con este fin, diseñamos una estrategia integral que permitirá a nuestro país salir adelante y caminar con decisión hacia las promesas y los desafíos del siglo XXI.

A esta estrategia la he denominado el Plan Colombia, y es un plan que está encaminado a fortalecer la democracia, mejorar la participación ciudadana, alcanzar la paz, luchar efectivamente contra el narcotráfico, modernizar y ampliar el acceso a la justicia, promover aún más la protección de los

derechos humanos y realizar programas sociales que produzcan efectos positivos en la población más necesitada y más golpeada por la violencia y la miseria.

Parte fundamental de este Plan está enfocada al logro de la paz. En Colombia, hace 3 años más de 10 millones de ciudadanos expresaron en las urnas un mandato dirigido a sus dirigentes, y ese mandato fue el de buscar, a través de todos los medios y haciendo todos los esfuerzos posibles, una solución política al conflicto armado que aún persiste en nuestra nación. Como Presidente, desde cuando me posesioné el 7 de agosto de 1998, he asumido con convicción este encargo del pueblo colombiano y estoy liderando personalmente el proceso de paz que está en curso en nuestro país.

Por eso, y con el objeto de recuperar nuestra viabilidad como nación, estamos adelantando un amplio proceso de paz con las organizaciones guerrilleras, para alcanzar la conciliación por la vía del diálogo y no por el penoso camino de las armas. Yo mismo he visitado a los líderes guerrilleros en sus campamentos en las montañas y he asumido el liderazgo de un proceso que avanza lento pero seguro.

Hoy por hoy, con las FARC, la guerrilla más grande del país, hemos convenido una agenda de los temas a discutir y estamos realizando audiencias públicas para que todos los colombianos tengan oportunidad de dar a conocer sus opiniones sobre los puntos de la agenda que se está debatiendo.

Incluso, en un experimento sin precedentes en el mundo, voceros del gobierno y de la guerrilla realizaron en los primeros meses de este año una gira por varios países de Europa, con el fin de conocer sobre el terreno las diversas opciones políticas y económicas que se han puesto en práctica en esta parte del mundo. Igualmente, hemos recibido en la llamada “Zona de Distensión” a muchos representantes de países amigos que se han interesado por la suerte del proceso y por el papel que pueden jugar para su consolidación.

Con la guerrilla del ELN, por su parte, estamos también en conversaciones con miras a iniciar un proceso de diálogos, que conduzca a la realización de una Gran Convención Nacional, donde se alcancen los acuerdos que permitan la

finalización del conflicto con este grupo. Hace unos días, no más, el Alto Comisionado para la Paz estuvo acordando con los líderes de este grupo el adelanto de procesos de sustitución de cultivos ilícitos y protección del medio ambiente en algunas zonas donde tienen influencia.

La paz, queridos amigos, requiere paciencia, más de la que muchos están dispuestos a concederle. Pero yo he decidido ser paciente, sin dejar de ser firme, porque los beneficios de la paz bien valen el esfuerzo. Yo creo, como dijo Gandhi, que no hay caminos para la paz, sino que la paz es el camino. Por eso puedo decirles hoy que vamos avanzando en ese único camino de la paz de Colombia, despacio, superando muchos y muy grandes obstáculos, pero con una voluntad indoblegable.

En cuanto al narcotráfico, la comunidad internacional ha entendido que éste es un problema mundial: un problema de todos que tenemos que solucionar entre todos. Nuestro país ha realizado y continúa realizando grandes esfuerzos para eliminar la producción y el tráfico de estupefacientes de nuestra tierra, pero tenemos que entender que nos enfrentamos contra un enemigo poderoso que tiene tentáculos

en muchísimos países y un inmenso poder de corrupción e intimidación.

En Colombia, durante nuestra lucha solitaria, murieron nuestros mejores líderes políticos, nuestros mejores jueces y nuestros mejores periodistas bajo las balas del narcotráfico. Y seguimos en la lucha, no por que nadie nos lo exija, sino por una profunda convicción ética y porque sentimos que tenemos un compromiso para con nuestros hijos y para con las nuevas generaciones de todo el mundo.

Pero, ya lo he dicho, el problema es de todos. Por eso hemos acudido a la comunidad internacional para que, bajo el concepto de la responsabilidad compartida, nos ayude a erradicar este flagelo de la faz de la tierra. Los países productores, los países consumidores, los que producen los precursores químicos para fabricar la droga, los de tránsito y aquellos donde se lavan los dineros provenientes del delito, todos tenemos que unirnos en un frente común. ¡Es por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos!

Entendiendo esto, Estados Unidos aprobó una importante ayuda económica y en equipos de transporte aéreo para

colaborar en la lucha contra el narcotráfico y en programas de sustitución de cultivos ilícitos y de fortalecimiento institucional. Otras naciones, como España, Noruega y Japón han anunciado también su decisión de aportar a este esfuerzo común, así como contamos con el apoyo de las entidades financieras multilaterales. Y en los próximos días se definirán los programas en los que colaborarán otros países de la Unión Europea y de América.

Pero es importante hacer una precisión fundamental: el Plan Colombia es un plan colombiano que goza de respaldo internacional, y no una imposición desde el exterior. Es más: la mayor parte de su financiación correrá por cuenta de nuestro país, que colocará 4.500 de los 7.500 millones de dólares que implica su realización.

Por otra parte, los medios y analistas le han dado demasiado énfasis al componente militar del Plan, cuando éste no llega siquiera a la cuarta parte del mismo. Quizás esto ocurre porque el 68% de la ayuda norteamericana, que es la que más se conoce y se difunde, está destinada a actividades militares o de policía contra el narcotráfico. Pero tenemos que ser claros: El paquete de asistencia de los Estados Unidos apenas

si financia el 17% de la totalidad del Plan Colombia y no lo podemos confundir o equiparar con él. ¡El Plan Colombia es mucho más que helicópteros!

En efecto, más del 75% del Plan Colombia se refiere a aspectos sociales y políticos. Se trata de ofrecer desarrollo alternativo al agricultor de subsistencia, de la modernización y reforma de la rama judicial, de la protección del medio ambiente y del amparo a los derechos humanos.

Para darles un ejemplo concreto, dentro del Plan Colombia tenemos prevista una Red de Apoyo Social por un valor de 900 millones de dólares, recursos que se destinarán a tres programas fundamentales:

En primer lugar, para construir proyectos de infraestructura, carreteras, escuelas, hospitales, acueductos, que requieran las comunidades más pobres del país, utilizando la mano de obra surgida de ellas mismas, de forma que al tiempo se genere empleo no calificado. Este programa se llama “Manos a la Obra”.

El segundo Programa de la Red de Apoyo Social será la entrega de subsidios directos a las familias de menores recursos, especialmente a aquellas donde las madres sean cabeza de hogar, bajo la única condición de que estén velando porque sus hijos reciban la atención de salud y la educación que les proporciona el Estado. Será un estímulo para los buenos padres, y una apuesta por el futuro de nuestros niños.

Y el tercer programa de este componente del Plan Colombia será uno destinado a la capacitación de los jóvenes desempleados. Vamos a entrenar, con el subsidio del gobierno, a los desocupados entre los 18 y los 25 años que pertenezcan a los estratos más bajos, para que puedan acceder al mercado laboral.

Otra estrategia eminentemente social del Plan Colombia es la de Democratización y Desarrollo Social, a la que destinaremos un valor superior a los 2.000 millones de dólares.

Esta estrategia está conformada por dos componentes principales: por un lado, el Desarrollo Alternativo y, por otro, los derechos humanos y la atención humanitaria.

En cuanto a la estrategia de Desarrollo Alternativo es muy importante aclarar que no se trata, como se ha tendido a pensar, de una simple sustitución de cultivos ilícitos. Por el contrario, lo que se busca es promover un desarrollo regional integral que genere verdaderas alternativas de ingreso en el mediano y largo plazo.

Para esto, se dará apoyo a proyectos productivos participativos, rentables y sostenibles en las regiones. Este desarrollo productivo será complementado por inversiones en infraestructura física y social dirigidas a garantizar la competitividad y el acceso a los mercados nacional e internacional. Y todo esto estará a su vez acompañado por programas para el fortalecimiento del capital social, la promoción de la sostenibilidad ambiental y el desarrollo institucional de las regiones.

Los pequeños campesinos que han terminado siendo usados por las mafias del narcotráfico para sembrar sus parcelas con plantas de coca o amapola no son delincuentes sino víctimas de este negocio mortal. Por ello, nuestro empeño es darles, antes que un tratamiento punitivo, un verdadero programa de acción social que garantice su adecuado reintegro a la

economía legal. Y es bueno poder decir que, en este tema del desarrollo alternativo, contaremos con el apoyo decidido de Chile, en el marco de un acuerdo de asistencia técnica en los sectores agropecuario y agroindustrial.

Por su parte, el componente de derechos humanos y atención humanitaria busca reconocer y atender a la población víctima de la violencia y fomentar el desarrollo de su potencial como individuos y comunidad, para estimularla económica y socialmente.

En este sentido, los programas implican inversiones para auxiliar a la población desplazada, a los niños y a las mujeres víctimas del conflicto, a la población afectada por minas antipersonales –concentrando especial atención en la población infantil-. y una campaña de difusión del Derecho Internacional Humanitario.

Como ven, apreciados amigos, es cierto que nuestros esfuerzos son contra el narcotráfico, pero al mismo tiempo son esfuerzos a favor de la paz, del desarrollo y de las mejores condiciones de vida de los colombianos más pobres.

Además, quiero hacer énfasis en que el Plan Colombia es un plan abierto, que no oculta nada ni guarda ningún secreto o intención clandestina. Sus programas y planteamientos han sido conocidos y publicados desde el año pasado. Es un plan transparente que busca la paz y el desarrollo de Colombia, y, por consiguiente, la mejoría de condiciones de toda la región suramericana.

¿Y qué pueden esperar los demás países de América Latina de la aplicación de este Plan? Lo que pueden esperar es que la mayor presencia del Estado colombiano en todo el territorio bajo su jurisdicción derive también en mayor seguridad y mejor comercio para ellos.

Para entender la importancia regional del Plan basta con que miremos cuál sería el horizonte sin su aplicación: ¿Cuál sería el destino de Colombia si no se hace algo a tiempo y se dejan algunas zonas abandonadas al imperio del narcotráfico? ¿Cuánto no crecería la delincuencia? ¿Cuánto dinero seguiría destinándose para financiar la violencia y promover la muerte?

¡Ahí sí que todos tendrían motivos para temer, ante una verdadera amenaza regional! Pero aumentar la seguridad, la

inversión social y la presencia estatal son objetivos que consultan los intereses comunes y que se cumplirán mejor aún si contamos con la cooperación y comprensión de los gobiernos, de los dirigentes y del pueblo de las naciones de América Latina.

Dentro del concepto de seguridad continental nada más peligroso que una Colombia a la deriva, con un Estado débil y una delincuencia pujante. Afortunadamente, el panorama es el contrario. El Estado colombiano se está fortaleciendo y está haciendo cada vez más presencia en todo el extenso territorio de nuestra nación, debilitando y erradicando el imperio de los sembradores de muerte y de miseria.

En el pasado Colombia apoyó los esfuerzos de Bolivia y el Perú para luchar contra la producción y el tráfico de estupefacientes en sus territorios. Hoy esperamos la misma solidaridad de nuestros similares de Suramérica, que, con seguridad, entienden los beneficios de contar al fin con una Colombia en paz, próspera y estable.

Apreciados amigos:

Mi país, que se precia de haber mantenido una tradición democrática desde su independencia y de preservar, frente a todas las eventualidades, una economía estable y confiable, hoy está recuperando también el lugar que le corresponde en la comunidad mundial.

Nuestro apego a los postulados del Derecho Internacional y al principio del cumplimiento de buena fe de los tratados; nuestra confianza en el multilateralismo, en la solución pacífica de los conflictos y en las ventajas de la cooperación internacional son las bases sobre las cuales hemos construido nuestra relación con el mundo.

Hoy Colombia, además de hacer parte activa de los principales organismos multilaterales del planeta y del continente, como lo son las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos, está cumpliendo un papel de liderazgo en la conducción del Grupo de Río, el mecanismo de concertación política más importante de América Latina y el Caribe, dentro del cual logramos en junio pasado en Cartagena la suscripción de “Un Compromiso para el Milenio”, en el que se plasmó la posición de la región sobre los temas más urgentes de la agenda internacional.

En la reciente Cumbre del Milenio que se celebró en Nueva York, en el marco de las Naciones Unidas, tuve oportunidad de presentar, a nombre del Grupo, este “Compromiso”, como un importante aporte de América Latina y el Caribe a la solución de los problemas globales.

Yo estoy seguro de que Chile, quien nos sucederá el próximo año en la Secretaría Pro Témpore del Grupo de Río, continuará con excelencia la labor que con tanto empeño estamos realizando para que la voz de América Latina y el Caribe se escuche fuerte y clara en todos los escenarios del mundo.

También Colombia hace parte de la Comunidad Andina, dentro de la cual ejerció un fundamental liderazgo en la última cumbre de Lima al invitar a los demás miembros a suscribir una Declaración de Compromiso con la Democracia, que hoy coadyuva a su preservación y defensa dentro del grupo de integración.

Tenemos, además, un papel deliberante en la Organización de Países No Alineados, que presidimos hasta el año

antepasado; formamos parte fundadora de la Asociación de Estados del Caribe, y recientemente fuimos aceptados como miembros del Grupo de los 15, -del cual también hace parte Chile-, que es un importante mecanismo de interlocución entre los países en vía de desarrollo y los más industrializados.

Y valga resaltar, en este breve recuento del contexto de nuestras relaciones internacionales, que Colombia ocupará, con el aval de todos los países de América Latina y del Caribe, a partir del próximo 1º de enero, un puesto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Allí defenderemos, como ha sido nuestra tradición, la importancia de preservar y fortalecer el multilateralismo y de que cualquier acción internacional se enmarque dentro la legalidad establecida por la Carta de las Naciones Unidas. Promoveremos también el necesario respeto por el Derecho Internacional Humanitario, un mayor control al tráfico ilícito de armas y una lucha más decidida contra las fuentes de financiación de las guerras.

El compromiso de Colombia va más allá de sus fronteras y sus intereses particulares. Cuando luchamos por nuestra paz, luchamos también por la estabilidad del continente. Cuando

combatimos la producción y tráfico de drogas ilícitas, estamos combatiendo por las nuevas generaciones de todo el mundo.

Queremos un país, un continente y un planeta libres de conflictos, de droga y de miseria, y contamos con el apoyo de toda la comunidad internacional en estos propósitos, que son los propósitos de todos.

Queridos amigos de Chile; directivos, profesores y alumnos de esta Universidad Adolfo Ibáñez:

He venido a hablarles de mi Colombia con el corazón en la mano, mostrando toda la dimensión de nuestro problema, pero también los importantes mecanismos que estamos poniendo en práctica para superarlo.

En Chile siempre hemos encontrado los colombianos un afecto de hermanos. Y así ocurre con los chilenos en mi país.

Hoy, ante este amable auditorio, quiero dejarles el testimonio de un pueblo que está decidido a forjar su propio futuro. Ustedes lo conocen y lo sienten, porque palpita con el mismo

latir americano. Y quiero que sepan que sus lazos de afecto siempre estarán atados a la esbelta silueta de la querida Chile.

Cuando piensen en Colombia, como Neruda, háganlo “a través de una luz azul de mariposas”. Cuando piensen en Colombia, como Gabo, háganlo imaginando un país mágico y vital, sembrado de colores, habitado por gente buena ¡y por miles y miles de mariposas amarillas!

Muchas gracias